

BREVE HISTORIA DE SIMÓN BOLÍVAR

Roberto Barletta Villarán



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Simón Bolívar
Autor: © Roberto Barletta Villarán

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-242-7
Fecha de edición: Noviembre 2011

Impreso en España

A María Consuelo Villarán Spagnol, por su fervor por
la lectura y su pasión por escribir, mi amada madre y
mi compañera de viaje.

A Irene Mineh, por nuestro querido
Angelo Doménico, un pequeño
sabio en un mundo de caminantes.

Índice

Capítulo 1. La forja de un Libertador	13
Los Bolívar: historia y raíces	13
Dueño de sus deseos.....	20
¿Aprendiz de brujo?	25
Fantasías: metrópoli y vida cortesana	33
Una sombra llamada María Teresa	42
Alma y motivaciones	50
En busca de un destino	54
Capítulo 2. Del amanecer al ocaso	61
El germen de las ideas	61
La primera edad de la revolución	66
Construyéndose una imagen	71
Independencia y tragedia	81
El calvario de Puerto Cabello	87
De la admiración a la traición	95
Esperanza en Nueva Granada	102
Capítulo 3. Revolución: gloria y horrores	107
La Guerra a Muerte	107
El flagelo de Boves	112
La sangre de la nación	117
El generalísimo.....	124

Los hombres del llano	131
Batalla en el valle de La Puerta	139
El Congreso de Angostura	147
Capítulo 4. Triunfo, realidades y frustraciones	155
Boyacá, a las puertas de Nueva Granada	155
De la república de Colón al armisticio	161
San Martín, el Libertador del sur	169
El triunfo: Carabobo y Pichincha	174
La entrevista en Guayaquil	183
Una libertad no deseada	191
Junín en la puerta de la Gloria	201
Capítulo 5. El fantasma de Bonaparte.....	211
El abrazo final.....	211
El proyecto del Libertador	219
Una Constitución a la medida	228
Entrevista de dos titanes	234
Entre dos fuegos: Páez y Santander	241
De la convención a la dictadura	249
La corona del Libertador	257
Epílogo. El fin del camino	267
 Bibliografía	 283

1

La forja de un libertador

LOS BOLÍVAR: HISTORIA Y RAÍCES

Esteban Palacios firma la carta, luego la relee con detenimiento y espolvorea secante sobre la tinta fresca. La misiva tiene el cometido de informar a su padre, don Feliciano Palacios, sobre el avance detallado de sus gestiones ante la Corte de Madrid. Esteban ha recibido un encargo de larga data, incluso su presencia en la metrópoli española se había justificado por aquella solicitud en beneficio de sus dos sobrinos, los dos hijos varones de Concepción Palacios y de Juan Vicente de Bolívar y Ponte.

El encargo dado a Esteban nacía de un deseo imperecedero de los Bolívar: realizar las gestiones para obtener para los niños Bolívar los títulos de nobleza que enaltecieran su apellido. Para el primogénito de los Bolívar, Juan Vicente, como su padre, se estaba gestionando el marquesado de San Luis y para el pequeño Simón se esperaba tener el título de conde de Casa Palacios. Lo que jamás hubiera imaginado Esteban Palacios era que estaba tramitando un título de conde de la más rancia monarquía a quien sería el libertador de medio



A la izquierda, la casa natal de Simón Bolívar, el que sería el Libertador, en Caracas. A la derecha, el Museo Bolivariano.

continente americano y el autor de una de las guerras más cruentas que haya conocido la historia.

Desde 1737, Juan de Bolívar —abuelo de quien sería el Libertador Simón Bolívar— había decidido obtener títulos de nobleza para su familia. Los Borbones habían puesto a la venta privilegios nobiliarios que permitirían a los españoles americanos incrementar su estatus social y su posición en las colonias. Para acceder a ellos, Juan de Bolívar depositó 22.000 doblones de oro en las arcas de los frailes de San Benito, orden beneficiaria del marquesado de San Luis. Pero ahora, ya en 1792, el trámite ha resultado intrincado y penoso, el abuelo y el padre de Simón han muerto sin ver título nobiliario alguno y Esteban Palacios tiene a su cargo aquel trámite endemoniado que exige, además de los

doblones pagados para la gracia real, acreditar una pureza de sangre que sus sobrinos no tienen: y es que en la sangre y abolengo hispanos de los Bolívar había sangre negra cruzada, sangre que debía ocultarse, que debía disimularse.

Los Bolívar habían ocupado cargos de importancia desde su llegada al Nuevo Mundo. En la península, en el lejano siglo XIII, la familia feudal de los Bolívar defendió con tenacidad sus derechos ante las pretensiones de la realeza castellana. Al final, en el año de 1470, los ejércitos reales redujeron a los feudatarios rebeldes de Vizcaya y la torre señorial de los Bolívar fue desmantelada y menoscabado su poder. Uno de los descendientes de esta orgullosa estirpe localista decide emanciparse y viaja a la recién conquistada América. Este viajero lleva el mismo nombre de su famoso descendiente: Simón Bolívar llamado el Viejo, que llega primero a Santo Domingo entre 1550 y 1560, para llegar luego a Santiago de León de Caracas, provincia de Venezuela.

Desde su llegada, Bolívar el Viejo se hace notar por su ascendencia sobre los demás colonos, se gana la confianza de los caraqueños y pronto se le envía a España para llevar peticiones a favor de las colonias americanas. En esas circunstancias, Bolívar el Viejo aprovecha para obtener el permiso de importar varias toneladas de esclavos al año y para solicitar información sobre el linaje de su familia. Entonces, en julio de 1574, Bolívar recibe la respuesta esperada: su sangre es noble, y desde entonces luce con el orgullo de su estirpe vasca el apelativo de rigor. Ahora se haría llamar Simón de Bolívar.

En 1593, su hijo, otro que llevó orgulloso el nombre de Simón, recibió la encomienda de los indios de Quiriquire en el valle de San Mateo y ahí se fundó la hacienda que sería el lugar preferido de la familia hasta el siglo XVIII. Pero para ese siglo los Bolívar ya habrán nutrido su sangre vasca con las sangres oriundas o florecidas en el Nuevo Mundo.

Todo comenzó con Josefa Marín de Narváez, bisabuela del Libertador, quien había sido la hija natural de un tal Francisco Marín de Narváez y una mujer de quien casi no se tiene referencia, sólo que era una «doncella principal» -como así la nombra el propio Marín-, pero cuyo nombre calla «por decencia». ¿Cómo la hija de esta relación, y en aquel siglo, entró a formar parte de una familia tan notable como la de los Bolívar?

En 1663, Francisco Marín compró a la Corona las minas de Cocorote y el señorío de Aroa, lo cual le generó una notable fortuna. En 1668 nació Josefa y cinco años más tarde, al morir Francisco Marín en Madrid, legó todos sus bienes a la pequeña. Los sucesos se dieron entonces como consecuencia de la riqueza heredada inesperadamente por Josefa. Según el testamento dejado por Marín, su hermana se haría cargo de la tutela de Josefa, sin embargo, el alcalde ordinario entregó la niña a Pedro Jaspe, alguacil mayor de la Inquisición y alcalde de Caracas. Apenas cumplidos los trece años, Pedro Jaspe rápidamente casó a Josefa con su sobrino, un tal Pedro Ponte.

Ponte declara sinceramente en su testamento que cuando contrajo matrimonio con Josefa no tenía «caudal ni bienes algunos» y describió a continuación las varias haciendas, múltiples esclavos y casas aportados por su acaudalada mujer al matrimonio.

Pedro Ponte y Josefa Marín fueron los padres de María Petronila de Ponte y Marín de Narváez, quien sería la esposa de Juan de Bolívar. Esta unión fue el origen indudable de buena parte de la fortuna familiar de los Bolívar, pero también del aspecto mestizo y mulato del Libertador, aspecto que daría lugar a que más de uno lo tratara de «zambo». Juan de Bolívar, quien había soñado y pagado por títulos nobiliarios para su estirpe, había sembrado con su matrimonio el mayor obstáculo para lograrlos.



El padre del Libertador, don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, nació en la Victoria el 15 de octubre de 1726, y murió el 19 de enero de 1786. El retrato perteneció a don Gabriel Camacho Clemente.

La familia Bolívar era pues paradigma de españoles americanos: celosos de las tradiciones hispanas, leales al rey y a la fe católica, aristócratas, enormemente ricos y blancos hasta donde las circunstancias de vivir en las colonias lo habían permitido. De dicha casa y heredad, de donde sólo podía esperarse lealtad al rey, nacería paradójicamente quien sería la cabeza de la rebelión de las colonias americanas.

Juan Vicente de Bolívar y Ponte, nacido en 1726 y futuro padre del Libertador, vivía en Caracas, en la casa heredada de doña Josefa. Era un hombre de buen talante, de facciones suaves y profundos ojos oscuros. La fortuna heredada de los Bolívar y los Ponte le dieron una vida amplia y disipada. A los veintiún años fue elegido diputado caraqueño en España y se pasó cinco años en la Corte madrileña. A su regreso a Venezuela, fue gobernador, juez, comandante de la Compañía de Volantes del río del Yaracuy, coronel del batallón de Milicias de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua y oficial de la Compañía de Nobles Aventureros.

Pero Juan Vicente de Bolívar fue también un hombre de su tiempo, época en la cual los españoles americanos veían a la Corona cada vez más lejana de sus propios intereses. Juan Vicente y los nobles de Caracas protestaron entonces contra los ultrajes que decían recibir del intendente y su repulsa iba incluso contra «todo pícaro godo», y añadían que el procónsul español «sigue tratando a los americanos, no importa de qué estirpe, rango o circunstancias, como si fuesen unos esclavos viles»

Entre los aristócratas venezolanos había un resentimiento con la Corona, animado por el desconocimiento hacia su clase y privilegios, así como por todo aquello que consideraban como mal gobierno. Desde una visión actual podríamos llamarlos reformistas que se quejaban



Retrato de María de la Concepción Palacios de Aguirre y Ariztía-Sojo y Blanco (1758-1792), madre de Simón Bolívar, que recibió una educación esmerada y al quedar viuda se hizo cargo de la administración de los bienes familiares.

por «el lamentable estado de esta provincia», pero que proclamaban la prudencia y evitar inconcebibles exesos como los de Túpac Amaru en el Cuzco o los de José Antonio Galán en Santa Fe.

Pero además de estos asuntos, en la mente de quien sería el padre del Libertador Simón Bolívar había también otros menesteres mucho más carnales. En el momento de testar, Juan Vicente deja pagadas nada menos que dos mil misas para poder gozar de la salvación eterna. Y es que durante su larga soltería prolongada hasta los cuarenta y seis años, Juan Vicente mereció que el virtuoso obispo caraqueño, Diego Antonio Díez Madrilesño, le abriera un ~~epe~~ diente por su conducta y desmanes pecaminosos. En 1765, el obispo había recibido múltiples denuncias de mujeres solteras y casadas en contra de Juan Vicente, a quien acusaban de valerse de su autoridad y poder para obtener sus favores sexuales; el padre de quien sería el Libertador de América vivía sin desposarse con una y otra mujer, pero además forzaba bajo amenazas a toda aquella dama con la que se encaprichaba, fuera ésta casada, virgen o viuda vestida con penas y lutos. El obispo censuró la conducta de Juan Vicente y lo amonestó en privado, evitando siempre el escándalo.

El culpable entonces contrajo nupcias con una dama de nombre Concepción Palacios. En realidad, una niña de catorce años.

DUEÑO DE SUS DESEOS

Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar, o Simoncito para sus allegados, nació el 24 de julio de 1783. Era el cuarto de las dos niñas y dos niños que tuvo Juan Vicente de Bolívar con Concepción Palacios. Las mayores eran María Antonia y Juana, los vás-

tagos menores fueron bautizados como Juan Vicente y Simoncito. Físicamente el pequeño Simón se parecía a la mayor de sus hermanas; ambos tenían la tez pálida y los cabellos oscuros como el padre. En cambio, Juana y Juan Vicente eran sonrosados y de cabellos más claros.

La advocación a la Santísima Trinidad en el nombre de Simoncito era tradicional en la familia por influencia de don Pedro Ponte; este último había donado una capilla a la Catedral de Caracas dedicada al Santo Misterio y había construido una iglesia dedicada a la Trinidad, que se terminaría de construir precisamente el año en que nació el pequeño Simón. Pareciera que este hecho fortuito fue auspicioso para la fortuna del pequeño: fue bautizado por su tío y a la vez sacerdote, Juan Félix Jerez Aristeguieta y Bolívar, dueño de una fortuna importante, una gran casa en Caracas —entre la catedral y el palacio del obispo— y de cuatro haciendas que sumaban 125.000 árboles de cacao, con su respectiva esclavitud.

El clérigo pone al pequeño Simón delante en la lista de los posibles beneficiarios a heredar todos sus bienes. De ese modo, Simoncito recibe una gran fortuna antes de haber cumplido los tres años. Pero era como si esa riqueza inesperada e inaudita estuviera conspirando contra el futuro señalado por el destino.

El testamento conlleva una serie de obligaciones: que su beneficiario mantenga y haga crecer la devoción por el misterio de la Concepción; que se case «con persona noble e igual»; que le ponga a su hijo «Aristeguieta» como apellido materno en honor al testador; que no admita en la posesión de la herencia a ningún clérigo ni a hijo ilegítimo; y que el beneficiario habite la casa en Caracas que había sido la morada del testador. Todo aquello no era difícil de cumplir; pero luego establece sanciones: excluye «del goce y posesión de este vínculo a todo aquel que por su desgracia cayere en el feo y

enorme delito de lesa majestad divina o humana» y si ello ocurriere estando en posesión de la herencia, ordena sea separado de su goce y haber. En otros términos, Simón Bolívar, para mantener el goce de la fortuna heredada, debía mantenerse fiel a Dios y a la suprema majestad del rey de España.

En cuanto a la madre de Bolívar, una apenas púber Concepción Palacios, era de familia de abolengo pero de escasa fortuna. Frente a los 258.500 pesos —sin contar el valor de varias haciendas— aportados por su marido al matrimonio, ella sólo aportó dos esclavas. Concepción era de tez blanca y a decir de sus pocos escritos conocidos, era mujer práctica y se llegó a convertir en una buena administradora de los bienes familiares. Desde que nació Simoncito, Concepción le solicitó a una amiga íntima, doña Inés Mancebo de Miyares, que amamantara al pequeño mientras le conseguía ama de cría.

Doña Inés Mancebo, que era cubana y de una fidelidad absoluta al rey de España, jamás habría imaginado que muchos años más tarde —en 1813—, ese pequeño que lactaba entre sus brazos, impediría que todos sus bienes fueran confiscados durante la independencia por haberse alimentado de su pecho.

El ama de cría de Simoncito fue una esclava negra de nombre Hipólita; ella fue en realidad quien despertó en el pequeño, en el adolescente y en el hombre, un verdadero sentimiento filial. Bolívar recordaría siempre los cuidados prodigados por Hipólita durante su infancia en la hacienda de San Mateo. Así le escribiría a su hermana María Antonia en 1825:

Te mando una carta de mi madre Hipólita para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre: su leche ha alimentado mi vida, y no he conocido otro padre que ella.

Si bien no puede desconocerse la autenticidad del sentimiento que expresa Bolívar, sí debe tomarse en cuenta el excesivo brillo que el Libertador le pondrá siempre a sus palabras y gestos. Y es que el primer biógrafo de Bolívar fue el mismo Bolívar, él creó y plasmó el mito de Simón Bolívar. Su visión romántica, hiperbólica e histriónica de sí mismo y de su vida quedaría plasmada en cartas, discursos, documentos y anécdotas. Todos ellos no nos llevan al Bolívar histórico, sino a un Bolívar mítico que su propio autor creó; a la imagen de Bolívar, tal como él deseaba pasar a la posteridad.

Habremos pues de pasar un tamiz sobre la retórica de Bolívar, para tratar de llegar a su verdadera personalidad y carácter. Deberemos filtrar aquello que el Libertador subrayó y exageró para acercarnos a sus verdaderas motivaciones. Y es que si viéramos a Bolívar como a un moderno vendedor de su imagen, habría que decir que se exageró y que terminó siendo visto como soberbio e insufriblemente egocéntrico.

Pero por ahora Bolívar es Simoncito y de pronto su mundo cambiará bruscamente. Su padre había fallecido el 19 de enero de 1786, cuando él contaba menos de tres años. Desde entonces Concepción se había hecho cargo de la hacienda familiar y de la administración de la fortuna de cada uno de sus hijos. Pero el esfuerzo que ello conllevaba se tropezó con su débil salud y era poco el tiempo que la mujer podía prodigarle a sus cuatro vástagos, por lo que tuvo que recurrir a la asistencia de su padre y a la de sus dos hermanos, Esteban y Carlos Palacios.

Concepción organizaba el mundo de Simón y su madre Hipólita se hacía cargo de brindarle sus preciados afectos. Entonces y, de repente, el 6 de julio de 1792 fallece Concepción y para Simoncito este hecho significó el resquebrajamiento total de su

entorno personal. Don Feliciano Palacios, padre de Concepción, se convirtió en el cabeza de familia y los Bolívar se vieron sujetos al poder de los Palacios.

Don Feliciano empezó por dar en rápido matrimonio a sus dos nietas; no representaba beneficio alguno tenerlas consigo y ellas tenían más bien una supervisión especial. Así que a María Antonia, de quince años, la casó con Pablo Clemente Palacios; y a Juana, de sólo trece, con Dionisio de Palacios Blanco.

El pequeño Simón vio cómo su madre ya no estaba y sus hermanas lo dejaban; su mundo se desmembraba y su tutoría quedaba en manos de la aridez del abuelo. Más adelante, ya de adulto, Bolívar se referiría sólo muy vagamente a su madre. Era como si la culpa de haberlo dejado sin afectos femeninos.

Así, la única «madre» que Simoncito conoció fue su esclava Hipólita. Pero aquella era una «madre» que a la vez era esclava y por lo tanto estaba subordinada a los deseos y caprichos del niño de la casa. Era una «madre» que no podía suplir a una verdadera madre que sabe sumar al afecto, el rigor. Simoncito se acostumbró al gobierno de su propia voluntad y al predominio de sus deseos.

Esto, para una sociedad altamente jerarquizada como la caraqueña, era poco menos que un desgobierno. Era costumbre que por las mañanas al saludar y por las tardes al acostarse, los niños recibieran hincados de rodillas la bendición de sus padres y besaran la mano de su progenitor antes de levantarse del suelo. Los Bolívar mantenían estas tradiciones y eran considerados «mantuanos puros», lo cual significaba que las mujeres de la casa tenían el derecho de ir a la iglesia con el manto típico de la clase más alta. Tanto los Bolívar como los Palacios gozaban del privilegio de participar del tedeum en la catedral y de visitar al capitán general en las fechas del besamanos.

Don Feliciano administró los bienes de sus nietos Bolívar, de tal modo que sin dejar de ser eficiente, permi-

tier a beneficiarlo a él y a sus dos hijos. Esteban ya estaba en España, gozando de todos sus gastos cubiertos con las rentas de la herencia de Juan Vicente y gracias a la solitud de los títulos nobiliarios a favor de sus sobrinos. De Carlos existen suficientes testimonios que delatan un uso desmedido y poco probo de la fortuna de Simoncito.

Don Feliciano quería solucionar todo lo referido a los privilegios y abolengos de los Bolívar y los Palacios. Pero finalmente dice no saber «cómo compondremos el nudo de la Marín». Se refería a cómo disimular la presencia de Josefa Marín, con su sangre parda —mezcla de blanco y de negra— metida en la genealogía de los Bolívar y que impedía mostrar una «limpieza de sangre» ante la Corona. En medio de esto, a don Feliciano le sobrevino la muerte en octubre de 1793, a un año del fallecimiento de su hija Concepción.

¿APRENDIZ DE BRUJO?

Simoncito se hizo la fama de independiente, voluntarioso y malcriado demasiado rápido. Vivía entonces la familia en Caracas, en la alegre mansión de la plaza de San Jacinto, que habían heredado los Bolívar de «la Marín». Ahí jugaba Simoncito con sus hermanos mientras alternaban con temporadas en la hacienda de San Mateo.

Bolívar era un niño disperso, altanero y más dedicado a las distracciones que a cualquier temática de estudio. De talante altivo e inquieto, a pesar de su corta edad siempre encontraba una réplica, a veces insolente, a flor de labios. En cuanto a su educación, el Libertador diría en carta a Santander del 20 de mayo de 1825:

No es cierto que mi educación fue muy descuidada, puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible porque yo aprendiese; me buscaron maestros de primer orden en mi

país. Robinson, que usted conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar.

Una vez más deberemos examinar y filtrar las palabras de Bolívar. Don Miguel José Sanz —abogado y consejero de la familia— fue contratado como maestro de Simoncito. Concepción pensó que la influencia de aquel académico de carácter sería positiva para el pequeño discípulo, llevándolo a la lúgubre casa del licenciado.

Sanz era un hombre hosco y autoritario, demasiado rígido para entender al niño o generar en él otra cosa que no fuese rechazo. Un día Sanz le dijo a Simoncito que era un «barrilito de pólvora», y Bolívar le respondió que entonces se alejara, «que podía quemarlo». Otro día, estando Simoncito a la mesa y pretendiendo intervenir en el diálogo entre Sanz y unos invitados, el jurisconsulto le espetó: «Cállese usted y no abra la boca». Como el niño dejara de comer, Sanz lo inquirió, a lo que el pequeño contestó con pacífica insolencia: «Porque usted me ha dicho que no abra la boca».

Concepción recibió de vuelta a Simoncito, anonadada por el rostro despavorido de Sanz, quien sin ambages le auguró al niño el peor de los destinos imaginables.

Desfilaron entonces, en la frustrada intención de instruir, educar y disciplinar a Simoncito, el padre Andújar, don Guillermo Pelgrón, el doctor Vides y don Andrés Bello. En cuanto a la «academia de matemáticas» a la que se refiere Bolívar y puesta por el padre Andújar, eran en realidad clases particulares en las que Simoncito era el único alumno. Respecto a las clases «de bellas letras y geografía» del famoso Bello, debió de ser nada o casi nada lo que pudo aprender Simoncito. Andrés Bello era sólo tres años mayor que él, sin embargo ya había estudiado humanidades y filosofía en el seminario de Santa Rosa, y matemáticas y física en la universidad. Andrés



La lección de Andrés Bello a Bolívar, de Tito Salas (1930).
Óleo. Casa Natal de Simón Bolívar, Caracas, Venezuela.
Andrés Bello fue uno de los maestros que intentó
instruir a Bolívar.



Don Andrés Bello, de Raymond Monvoisin. (1844). Sala Consejo de la Universidad de Chile, Santiago, Chile. Uno de los humanistas más destacados de América, siendo filólogo, filósofo, poeta, educador y jurista.

Bello era la antítesis de Bolívar, si este era en realidad todo impulso y genio espontáneo, aquel era ordenado, académico y metódico.

Todos los maestros vieron en el pequeño Bolívar un caso perdido. Pero para Bello, quien sería luego un filólogo, poeta y autor de una gramática de lustre universal, la experiencia con Bolívar no fue mala, fue desastrosa. Andrés Bello desarrolló tal animadversión hacia Bolívar que ni aún la gloria obtenida por el Libertador mucho después pudo reconciliarlo con la imagen de aquel infante insoportable.

Bolívar escribiría sobre Bello: «Yo conozco la superioridad de este caraqueño, contemporáneo mío; fue mi maestro, cuando teníamos la misma edad, y yo lo amaba con respeto». Sea como fuere, es seguro que si en aquellos años tempranos Bolívar «lo amaba con respeto», dicho sentimiento ni fue percibido ni fue recíproco en Bello. Bolívar diría también: «Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme; es decir, ganarlo para Colombia».

Al fallecer Concepción, don Feliciano Palacios pensó en nombrar como maestro a un joven escribiente que le ayudaba en la administración de la fortuna de los Bolívar. El joven era un tal Simón Carreño Rodríguez, quien se haría llamar de distintas maneras a lo largo de su larga vida: primero como «Simón Rodríguez» por rechazo a su hermano mayor, el músico Cayetano Carreño, y luego como «Samuel Robinson» para perderse en Europa tras un complot revolucionario del cual formó parte. Finalmente pasó a la historia como Simón Rodríguez y es a él a quien se refiere Bolívar cuando dice que «Robinson fue mi maestro de primeras letras y gramática». En verdad era imposible que lo fuera, primero porque Simón Rodríguez lo tomó bajo su instrucción cuando Simoncito ya tenía nueve años, y de hecho no le pudo haber enseñado las primeras letras; segundo porque Rodríguez enseñaría a Bolívar cualquier otra cosa menos gramática.



Simón Rodríguez, el maestro del Libertador. Retrato hallado en Valencia por el doctor Víctor M. Ovalles. En *Crítica histórica al Diario de Bucaramanga*, por Pinzón Uzcategui. Caracas, 1924.

De hecho, Simón Rodríguez ha pasado a la historia como el maestro humanista, republicano y liberal del Libertador, pero lo más probable es que esta versión sea también una exageración fantástica de ambos, del maestro y del alumno.

Rodríguez tenía veintiún años cuando fue preceptor de Simoncito, había estado en Europa, era ilustrado, inteligente y carismático, por lo que Don Feliciano esperaba que el joven aportara un influjo positivo sobre el pequeño rebelde. Pero Simón Rodríguez era además extravagante y cínico. Había leído a los filósofos franceses de la Ilustración y sobre todo el Emilio de Rousseau. Para aplicar en Simoncito los postulados rousselianos, lo llevó a la hacienda de San Mateo para acercarlo a la naturaleza. Según Rousseau, para obedecer al alma debía ser vigoroso el cuerpo; por lo tanto, a Simoncito le despertaban al amanecer y llevado a menudo a largas excursiones a través del campo. En los descansos, Rodríguez le hablaba de los conceptos de Libertad, de los Derechos del Hombre y le leía las Vidas Paralelas de Plutarco para que emulara a los grandes hombres. Con la ayuda de los peones de la hacienda, Rodríguez le enseñó a Simoncito a montar a caballo, nadar y a manejar el lazo.

Pero ¿fue este temprano contacto con las ideas de la Revolución francesa el que marcó la vida del Libertador? ¿Cuál fue la verdadera influencia de Rodríguez en Bolívar tras cinco años de formación? El mismo Bolívar se refiere a Simón Rodríguez sin guardarse los alabanzas. En 1824, escribe sobre Rodríguez que «es un genio, un portento de gracia». Luego añade: «Cuando yo lo conocí valía infinito. Mucho debe de haber cambiado para que yo me engañe» En una carta dirigida al propio Rodríguez, le dice:

Con qué avidez habrá seguido usted mis pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo. Usted formó mi corazón

para la libertad, para la justicia, para lo grande [... no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles.

A tenor de lo que serían los intereses de Bolívar en los años siguientes, apenas desapareció Rodríguez de su vida, son difíciles de asumir todas las poéticas afirmaciones del Libertador. No puede desconocerse que para Simoncito, la educación recibida por aquel maestro -para su tiempo, estafalario- era la única que podía haberle generado algún beneficio y provecho. Bolívar era un niño hiperactivo, por lo tanto el continuo ejercicio físico lo llevó a descargar sus energías de manera constructiva y provechosa. Sin embargo, de los conceptos inculcados por Rodríguez, fue el de «libertad» el que más caló en su naturaleza romántica. El contacto con la naturaleza lo hizo más fogoso en sus ansias de disfrute y de vida, en sus deseos de belleza y de placer. ¿Pero qué hay de la «república», la «igualdad», la «justicia» y la «fraternidad»? Demasiadas abstracciones para un preadolescente Bolívar práctico y creativo, para aquel jovenzuelo de aspiraciones mucho más egoístas y sensuales.

Simón era entonces un jovencito pequeño, de cuerpo delgado, musculoso y resistente. Sus ojos grandes, encapotados y oscuros resaltaban penetrantes bajo la sombra de sus cejas espesas. La boca pequeña, la nariz alargada y los cabellos enortijados y revueltos le daban algo del aspecto sensual de su padre.

Así, a pesar del anecdótico mundo de ideas que había compartido con Simón Rodríguez, Bolívar fue siguiendo los designios de su clase y estirpe. El 14 de enero de 1797 ingresa como cadete al batallón de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua, siguiendo los pasos de su padre, quien había sido coronel. En su hoja de servicios de diciembre de ese año se aprecia en

Bolívar el rendimiento de un cadete de aplicación normal y promedio. Es calificado por sus superiores del siguiente y lacónico modo: «Valor, se supone; aplicación: la demuestra; capacidad: buena; conducta: ídem; estado: soltero»

Así, mientras Bolívar trataba de adornarse de los méritos usuales de la nobleza de un español americano, Simón Rodríguez llevaba a la práctica sus ideas revolucionarias. En febrero de 1796, un grupo de españoles de ideas republicanas trataron de llevar a cabo una revolución contra la Corona. La gesta fue la primera rebelión igualitaria de Venezuela: estaban implicados oficiales, eclesiásticos, soldados veteranos, blancos, pardos, hacendados, abogados y comerciantes. La conjura fue develada y de los dos caudillos de la rebelión, Manuel Gual logró escapar hacia Europa y José María de España fue ejecutado en la plaza mayor de Caracas.

Simón Rodríguez, quien estaba nítidamente implicado en aquella revolución, logró escapar apenas descubierta la conspiración, saliendo de Caracas en julio de 1797.

FANTASÍAS: METRÓPOLI Y VIDA CORTESANA

Carlos Palacios no ocultaba su alarma por la desmesura mostrada por Simón durante su travesía hacia España:

El Simón ha gastado infinito en su viaje superfluo y así es necesario contenerlo como te he dicho, lo uno porque se enseñará a gastar sin regla ni economía y lo otro porque no tiene tanto caudal como se imagina él.

Si bien no deja de sonar cínico que el propio Carlos, quien gastaba plácidamente la fortuna de Simón, hiciera ahora esta advocación, no era menos cierto que

Simoncito estaba haciendo gala del derroche propio de su clase y estatus.

Don Manuel Francia, suegro de María Antonia —hermana de Simoncito—, había sido el propulsor de las acciones legales emprendidas para despojar a los Palacios de la administración del fabuloso patrimonio de los Bolívar. Consiguió que se acusara a Carlos como reo de Estado, pero Esteban tuvo las suficientes relaciones en Madrid como para controlar la acusación.

Esteban escribió a Carlos diciéndole que la coyuntura era muy favorable para que Juan Vicente y Simón fueran a Madrid. La idea era que los jovenzuelos completasen su instrucción en la península y ganaran posiciones en la Corte. De hecho, Esteban desconocía la educación poco ortodoxa que estaba recibiendo Simón.

El 26 de noviembre de 1798, Simón Bolívar asciende a subteniente y ya está listo para dar el gran salto. Cumplir, en definitiva, su más cara ambición: viajar a España, sumergirse en la Corte y en su boato, gozar de los placeres preparados por la península para los jóvenes de su clase y abolengo. En su ardiente imaginación aparecen fiestas, princesas y la famosa villa de la cual provino su estirpe. Atrás quedan sus recuerdos, aquellos que muchos años después lo llenarían de romántica nostalgia.

En enero de 1799, Bolívar zarpó en el buque de guerra San Ildefonso. El viaje no podía ser directo; había guerra entre la Corona española e Inglaterra así que debían hacer escala en Veracruz, Méx co.

Al llegar a Veracruz, estando bloqueada La Habana, el almirante del San Ildefonso no pudo más que esperar semanas enteras antes de reanudar el viaje. Tan próximo de la famosa Ciudad de México, Bolívar solicitó los permisos para dirigirse a la capital. En ella tuvo la oportunidad de conocer la que era entonces una de las ciudades más opulentas del mundo, con su imponente



Simón Bolívar en 1798, como debió verse con el uniforme de subteniente del Batallón de Voluntarios Blancos de los Valles de Aragua, en la provincia de Venezuela.